

CÉSEDEN

¿ARMAS NUCLEARES TACTICAS PARA EUROPA CENTRAL?

- por el general retirado Heinz Trettener -
(De la "Revue Militaire Générale" febrero 1971.
Traducido por el Departamento de Información)



Agosto - Septiembre, 1971

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 57-V.

La utilización de la energía nuclear en la fabricación de armas ha transformado el mundo del pensamiento político y militar. Las primeras armas nucleares fueron las armas estratégicas. Su empleo -cuya justificación moral se discute todavía hoy día- tuvo un resultado tan fulminante que lo más natural fue preguntarse si no se podía igualmente utilizar la energía nuclear a los niveles inferiores de los conflictos militares. Era preciso saber si era técnicamente posible disminuir, no solamente los volúmenes y pesos sino también los efectos de la nueva arma, a fin de hacerla utilizable en las acciones tácticas.

El desarrollo de éstas armas se desenvuelve, por tanto, según un proceso inverso a aquel de las armas clásicas. Con respecto a estas últimas se trató de obtener los mayores efectos con los menores pesos, para las armas nucleares era preciso intentar dominar la potencia de la explosión y adaptarla a un efecto limitado. Caba esperar, si a ello se llegaba, gracias a esta energía nuclear muy económica, escatimar la energía humana en el campo de batalla y tal vez hasta acabar con la incesante carrera de los armamentos clásicos. Contrariamente a las armas de tipo clásico que no conocen el grado de saturación, y por lo tanto no cesan en sus progresos técnicos, era menester conseguir que un número limitado de armas nucleares tácticas fuera suficiente para poner un punto final victorioso y rápido a todo conflicto militar.

Este nuevo problema técnico fue resuelto -costosamente por cierto- con una rapidez notable. Desde los años 1950 los Estados Unidos disponen, para sus propias unidades, así como para las de sus aliados, de armas nucleares tácticas y de los vectores apropiados en forma de aviones, cohetes y cañones de artillería.

La importancia de éstas armas en aquella época era casi inestimable. Gracias a ellas se podía pensar en mantener a raya a las fuerzas clásicas Soviéticas, muy superiores en número, al tiempo que las armas nucleares estratégicas humillarían al agresor en su propio territorio. Esta idea era simple y clara. Se apoyaba en el monopolio ameri-

cano en materia nuclear todavía existente en aquellas fechas y que empezaba entonces a esfumarse. La guerra nuclear pasaba a tomar configuración. Las armas tácticas tenían sobre las armas estratégicas la doble ventaja de una mayor precisión y de unos efectos destructores inferiores. Y estas dos ventajas fueron muy solicitadas, ya que las operaciones tácticas habrían de tener lugar en los territorios aliados o en aquellos de los "satélites", territorios que se querían respetar al máximo. Los progresos técnicos permitieron obtener valores en KT cada vez más pequeños para las armas tácticas y más potentes para las estratégicas. Se llegó a fracciones de KT, por una parte, contra cifras de veinte megatonnes, por la otra.

A pesar de estos asombrosos progresos, no se llegó a una solución de continuidad de estas nuevas armas con el arsenal clásico. Se podían controlar el calor, la presión y la radiación primaria lo suficientemente bien como para que sus efectos no alcanzaran a las tropas amigas eligiendo bien el punto cero, sin embargo, no se podía prevenir las precipitaciones radiactivas con suficiente precisión ya que, dependientes de las condiciones meteorológicas locales, siguen los vientos dominantes a las diversas alturas y pueden, llegado el caso, dirigirse inesperadamente hacia una zona amiga. Así mismo no se podía proteger -y todavía solo parcialmente- a las poblaciones civiles más que evitando a propósito las aglomeraciones, es decir, renunciando a los efectos óptimos de estas armas.

Estos inconvenientes de las armas nucleares limitan sensiblemente su utilización práctica. En los ejercicios sobre el papel se obtiene frecuentemente una imagen falsa, porque se desatienden las precipitaciones como factor imprevisible, o bien porque se falsifican los resultados. En realidad, cuanto más próximo deba estar el punto cero del frente amigo, es decir, cuanto peor sea la situación y mayor sea el sentido de responsabilidad del mando más debería renunciar al empleo de estas armas si no quiere que corran el riesgo sus propias tropas. Aún no se han llegado a fabricar armas tácticas suficientemente "apropiadas".

Hay que añadir una realidad aun más importante. La importancia de las primeras bombas atómicas se había ya reconocido hasta tal punto que su empleo no podía ser ordenado más que por el propio presidente de los Estados Unidos. Cuanto más se estudia, después, la naturaleza misma de las nuevas armas, resultaba más evidente que sus implicaciones políticas excedían de sus implicaciones militares, que eran armas principalmente políticas. Este carácter político resulta claramente de los grandes esfuerzos en tratar de llegar a una decisión conjunta, esfuerzos que provocaron diversas crisis de la alianza y que, actualmente, no están todavía resueltas de una forma satisfactoria. Las conferencias no pueden suplir a una decisión conjunta positiva o negativa.

Si se parte del hecho de que la guerra nuclear es un todo indivisible - y ésta era la opinión primera-, la concepción francesa, según la cual el empleo de las armas nucleares es un cuestión de vida o muerte para la nación considerada, y, por consiguiente

te, debería tener lugar en provecho de ésta sola nación y no en el de otras, parece irrefutable. En éstas condiciones no se podría en absoluto pensar en el empleo de aquellas con el fin de alcanzar objetivos tácticos, considerados de segundo orden. Sería preciso, por el contrario, que la autorización o denegación del empleo de las armas tácticas dependiera de la situación político-estratégica, cosa que no podría satisfacer, ni al hombre político, ni al jefe táctico.

II

Entretanto, los Soviéticos han logrado el equilibrio en el campo de los armamentos nucleares. El monopolio americano ha sido reducido a la nada. La estrategia de las represalias masivas ha tenido que ser abandonada. Lo bochornoso es que los europeos la hayan dicho adios, puesto que les había garantizado una seguridad casi absoluta. La incontestable potencia directora de la Alianza les fuerza, no obstante, a adaptarse a las nuevas bases y concepciones del mando americano. La idea de "réplica flexible" ocupó el lugar de las represalias masivas. Todo lo anterior se basa en el principio de que Occidente no comenzará la guerra más que en determinadas circunstancias. Más, en lo sucesivo, no se replicará con un ataque que pretenda la destrucción inmediata del agresor, sino con una réplica gradual. Desde el punto de vista americano era una indispensable modificación del concepto, pero constituía, al mismo tiempo, una seria debilitación de la disuasión. En lugar de estar seguro de ser destruido, en el futuro el atacante habrá de quedar en la incertidumbre sobre las contra-medidas que haya que esperar. Habiéndose convertido el potencial nuclear estratégico soviético en invulnerable, en gran medida, y siendo posible en cualquier momento una réplica contra los territorios de Estados Unidos, una andanada atómica inmediata por parte de Occidente, en respuesta a una agresión, no es ya verosímil. Ahora bien, los soviéticos están armados contra cualquier otra réplica.

La inseguridad de Occidente ha aumentado. Los sistemas de armas han cambiado sus papeles: el armamento nuclear se ha convertido en el escudo y el armamento clásico en la espada, de la Alianza occidental. Igualmente, la importancia de las armas tácticas, que hasta ahora no venían a ser más que un complemento de la gran andanada nuclear, ha variado también.

Edward Teller, inventor de la bomba de hidrógeno, era particularmente de la opinión de que no se podía llegar a limitar una guerra en lo que respecta a las armas, si no solamente en lo concerniente a los territorios y objetivos. Proponía, por consiguiente, utilizar las armas tácticas incluso en una guerra limitada. Después de una derrota en el campo de batalla, el agresor no desearía expandir ni el teatro de operaciones ni sus

objetivos de guerra. Teller quería que se detuviera por medio del átomo a los soviéticos, superiores en el campo clásico. Pensaba que Occidente, inferior en el plano clásico, no tenía de ningún modo intenciones de expansión y que los soviéticos después de una derrota táctico-atómica igualmente no las tendrían más.

Otros expertos americanos recomendaban, para evitar una guerra generalizada, una escalada lenta y bien dosificada que, combinada con las medidas políticas, mantendría las pasiones de la guerra a un bajo nivel.

Bajo la influencia de estas diversas teorías, y de otras más, se modifica la doctrina de la OTAN y aumenta la importancia de las fuerzas clásicas en Europa. Ellas solas debían estar dispuestas para soportar el peso de las primeras fases de un conflicto armado. De aquí no se desprende, sin embargo, la conclusión normal, es decir el crecimiento de las fuerzas clásicas, de tal modo que el anhelado restablecimiento del "umbral nuclear" queda en una simple declaración de intención.

Si se quería evitar la implicación total del potencial nuclear, la cuestión de las posibilidades del empleo autónomo de las armas tácticas adquiría una importancia decisiva. Para los americanos el riesgo a que se exponían no usando más que las armas tácticas era relativamente pequeño ya que los armamentos estratégicos de los Estados Unidos y de la URSS se neutralizan. Los americanos podían muy bien pensar en el empleo aislado de las armas tácticas. Para los europeos la cuestión era muy diferente. Para estos era importante saber si la inferioridad en unidades clásicas en el sector principal, Europa Central, podía ser compensada con el solo empleo de las armas tácticas. Es preciso partir del hecho de que en este campo los soviéticos, igualmente, estaban a punto de conseguir la igualdad de fuerzas. Disponían de armas un poco menos diversas sin duda, pero todas eficaces. Esta cuestión interesaba al Ejército de Tierra. (no existía duda alguna - en lo concerniente a la oportunidad del empleo de las armas nucleares por la aviación. Pero esta clase de empleo, debido a las implicaciones políticas, estaba relegada por los estrategias de la escalada a un grado relativamente elevado de la escala. Por esta razón y a causa de la inferioridad numérica en aeronaves de apoyo terrestre próximo, la aviación había dislocado el sentido de su fuerza principal.

En todo tiempo los especialistas estuvieron en desacuerdo sobre el hecho de saber si las armas atómicas tácticas favorecían al atacante o al agresor. En favor del atacante se alegaba que podía elegir libremente el lugar, el momento y la dirección del esfuerzo principal y que él no ofrecía, casi exclusivamente, más que objetivos móviles difíciles de combatir. En favor del defensor se argumentaba que no tenía necesidad de renunciar a sus defensas, ni de formar concentraciones tan abultadas. Pero habiéndose cambiado las circunstancias, era hora de dedicarse con los medios científicos a resolver esta cuestión, ya que de este modo se obtendrían los elementos determinantes para formar un nuevo concepto.

Gran Bretaña y la República Federal, entre otras, encargaron a los expertos y a los militares estudiar, por medio de los métodos modernos de investigación operativa, la situación real en uno y otro lado del telón de acero. Bien entendido que los resultados obtenidos no tienen validez más que para el espacio geográfico en que los estudios han sido llevados a cabo, y no, por ejemplo, para las regiones montañosas o desérticas donde, verdaderamente, la importancia de las armas atómicas tácticas es diferente de la que tienen en las zonas industriales densamente pobladas.

Los resultados de los estudios, tratados independientemente, se asemejan y se verifican de una cierta forma. Indican claramente que el empleo de las armas atómicas solamente, incluso en gran cantidad, no aporta ventaja alguna al defensor. Por supuesto que aquellas pueden infligir al atacante, empeñado en las concentraciones, pérdidas superiores a las suyas en valor absoluto, pero el balance global de fuerzas juega en su perjuicio. Evidentemente podrá obtener localmente una contención de los ataques enemigos. Pero no será compensado por el hecho de que las unidades clásicas del primer escalón se desgastarán muy rápidamente, de forma que el defensor no solamente no ganará tiempo sino que se encontrará por el contrario, colocado ante una situación de "todo o nada", tanto más apremiante si ha llevado a cabo el combate únicamente con las armas clásicas. Occidente no disponiendo de segundos o terceros escalones de fuerzas clásicas no podrá, al cabo de algunas horas nada más, oponerse a la segunda oleada del atacante. En las condiciones reinantes en la Europa Central es, por consiguiente, para el agresor para quien es fructuoso el empleo de las armas tácticas. Este resultado se obtiene cuando se acuerda para los dos bandos el mismo número de armas y los mismos valores en KT, y cuando se admite que el agresor se atendrá a las reglas del juego de los pequeños valores en KT. Ahora bien, una hipótesis otro tanto más alejada de la realidad es que los soviéticos no dispongan de pequeñas armas atómicas complicadas, no habiendo por lo tanto razón alguna para que se inclinen por un mínimo de daños en un país enemigo. Y si ellos responden a las pequeñas armas con las de mayor calibre, los cálculos indican que el defensor se encontrará aún más en desventaja.

A estos vienen a sumarse las consideraciones políticas. En un territorio completamente explotado como la Europa Central, existen tantas vías de comunicación que no podrían contenerse todos los ataques más que con un número relativamente elevado de armas atómicas. En Europa hay bastantes de éstas, pero su empleo transformaría en desierto esta zona tan poblada e infligiría pérdidas insoportables a la población. Defender nuestro continente según estos principios supondría la devastación, ya que las armas atómicas tácticas además de los discutibles efectos militares producirían efectos mucho mayores sobre los objetivos civiles tales como poblaciones, centros de producción, viviendas y centros de avituallamiento y de comunicaciones. La situación para el defensor, obligado a combatir en su propio país, es, por consiguiente, totalmente diferente de aquella del agresor. Además de las pérdidas militares debidas al combate atómico, tiene que soportar los inimaginables daños civiles que podrían tomar fácilmente proporciones que desembocarían en el desplome completo de todo orden político y militar.

Ciertamente se pueden dejar a un lado estas consideraciones y dar la prioridad a la misión bélica empleando cientos o incluso millares de armas. Esto sería, a mi juicio, una forma de pensar demasiado estrictamente militar y daría lugar a preguntarse si las armas que devastan todo aquello que debieran proteger pueden ser aún consideradas como las armas del Derecho.

En casi todos los ejercicios sobre el papel y en casi todos los estudios se da un factor decisivo (aparte de aquel ya mencionado de las precipitaciones) que se deja enteramente a un lado, porque no se puede determinar su importancia por falta de experiencias completas: este es el efecto psicológico de las explotaciones nucleares. Hace falta ser bastante optimista para figurarse que se puedan instruir y formar soldados capaces de soportar sin vacilar los horrores del campo de batalla nuclear y ejecutar metódicamente las misiones tácticas encomendadas -yo no participo de este optimismo-, no se puede esperar tanto de una población civil no preparada y no protegida. Todos los que han asistido a una prueba nuclear o han visto películas sobre experiencias con animales, desde entonces, no pueden tener ninguna ilusión. Y teniendo tras de sí una población desmoralizada y un país devastado, ni el mejor soldado puede resistir en una guerra moderna.

Sin duda se podría objetar que ya que la dotación de armas nucleares sirve principalmente a la disuasión, todos estos argumentos se salen del tema. A mi entender se tiene necesidad de estas armas, en tanto en cuanto el adversario disponga de las mismas; se evitará, tal vez, que sea el primero en servirse de ellas.

Sin embargo, no se conseguirá al mismo tiempo una disuasión absoluta contra toda agresión. Un adversario decidido a todo no se amedrantará porque le ataquen más que a su primera línea de fuerzas, sino solamente cuando amenacen su territorio. En realidad, es fácil deducir que el empleo de armas tácticas, fuera del contexto del potencial nuclear total, ofrece más desventajas que ventajas al defensor y que, por consiguiente, el peligro de su utilización es escaso. Esto es la inversa de la disuasión.

Aún a título de demostración, las armas nucleares del campo de batalla son menos apropiados que las otras armas nucleares, ya que manifiestan mucho peor la voluntad de defenderse que todos los medios.

Los miembros occidentales de la Alianza tenían una visión diferente para tratar estos problemas conforme a sus intereses nacionales. Poco a poco pusieron a punto los principios de empleo comunes, cuya interpretación todavía necesita ser discutida. Tales conversaciones deberían tener lugar con carácter urgente entre Francia y la República Federal de Alemania, ya que las unidades francesas estacionadas en este último país serán, igualmente, equipadas con armas tácticas en la década de los 70. Si se considera al mundo libre occidental como un todo, y se toma en serio la igualdad entre sus naciones soberanas, no deben en el futuro subsistir concepciones divergentes sobre cuestiones tan vitales y, al mismo tiempo, tan fáciles de analizar.

El actual Ministro de Defensa alemán, Helmut Schmidt, ha reclamado en escritos anteriores un derecho de veto para los países sobre cuyos territorios, o a partir de cuyos territorios, hubieran de ser ejecutados disparos nucleares. A mi entender tiene razón y esto es lo mínimo que debe ser entre aliados libres y con igualdad de derechos.

La necesidad de tales acuerdos excepcionales prueba que haya falseado algo en la idea general. Considerando todos los pros y los contras, se llega, inevitablemente, a la conclusión de que las armas nucleares -tales como las existentes naturalmente- rebasan nada menos que el marco de las operaciones tácticas.

Su empleo aislado en el combate perjudicaría a los europeos sin beneficiara los americanos. Dada la situación en que se encuentra la Europa Central se trata de una idea errónea ya en su fundamento.

* * * * *